

# VISPERAS DE GUERRA CIVIL EN LA ESPAÑA DE 1.936

**P**ESE a lo mucho que se ha escrito sobre la guerra de España, quedan aún no pocos puntos oscuros y polémicos, fruto en su mayor parte de una manipulación interesada y desfiguradora de los hechos. Sucesos perfectamente diáfanos en su día han sido tergiversados por una propaganda unilateral y sistemática, capaz de sembrar la confusión y la duda en todos los ánimos. Esto ha ocurrido de manera esencial con las tres semanas que preceden a la abierta ruptura de hostilidades el 17 de julio de 1936.

Durante cuarenta años se ha repetido hasta la saciedad, presentándolas como verdades axiomáticas e indiscutibles, que el Movimiento Nacional tuvo como única finalidad anticiparse a una sublevación comunista planeada en Moscú con la vergonzosa complicidad de los gobernantes de Madrid; que "no fue posible la paz" que las derechas ansiaban, porque no les quedó más remedio que recurrir a la guerra cuando la República armó a las turbas para lanzarlas a la destrucción de España; que el asesinato de Calvo Sotelo obedeció a órdenes directas y expresas de Casares Quiroga, y que si el levantamiento no triunfó en pocas horas, se debió a la forzada improvisación con que sus dirigentes hubieron de actuar, sin tener nada preparado, ante la reacción natural y espontánea de la parte sana contra la conducta criminal y vesánica de las autoridades republicanas.

¿Es cierto todo esto? ¿Lo es cuando menos en parte? Para responder con cierta base y fundamento quiero recordar hoy, cuando se cumplen los ocho lustros de tan dramáticos acontecimientos, lo ocurrido en nuestro país durante la última semana de junio y las dos primeras de julio de 1936.

## Una carta del general Franco

El 23 de junio de 1936, el general de División don Francisco Franco Bahamonde, comandante general de Canarias por designación del Gobierno republicano, dirige una extensa carta al ministro de la Guerra y presidente del Consejo, don Santiago Casares Quiroga. Es una misiva escrita con exquisito cuidado, midiendo y sopesando cada

una de las palabras, en que el general expone con aparente franqueza su preocupación por la inquietud que determinadas medidas gubernamentales pueden producir en el seno de las Fuerzas Armadas. Motivo básico de su intranquilidad es, conforme hace constar en el escrito, "las recientes disposiciones

peligro que encierra este estado de conciencia colectiva en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con las de todo buen español ante los graves peligros de la Patria". De cualquier forma, el general —que al despedirse del ministro antepone a su nombre una frase que textual-

noticia alguna de la vasta conspiración en marcha desde varios meses atrás? Difícil es admitirlo hoy, cuando sobran testimonios indicativos de que no sólo estaba al corriente de los preparativos del alzamiento, sino que participaba en ellos de una manera directa. En efecto, aparte de que en los días 17 y 18 de febrero realiza gestiones cerca del ministro de la Guerra —el general Molero, que perecerá en Valladolid el mismo 18 de julio—, del inspector de la Guardia Civil y del propio jefe del Gobierno, Portela Valladares, en un fracasado intento de declarar el estado de guerra para obstaculizar el acceso al poder del Frente Popular, triunfante en las elecciones del día 16, tenemos sus actividades posteriores tanto en Madrid como en Canarias.

En Madrid sabemos que en los primeros días de marzo, antes de salir para Santa Cruz de Tenerife, asiste a una reunión en el domicilio del agente de Cambio y Bolsa don José Delgado, figura de segunda fila de la CEDA, en la que están presentes los también generales Goded, Fanjul, Ponte, Orgaz, Varela, Villegas y Mola y el teniente coronel Galarza, dirigente de la Unión Militar Española. En dicha reunión, que se prolonga varias horas, se debaten las posibilidades de derrocar por la fuerza el Gobierno presidido por Azaña, que ha tomado posesión tan sólo diecisiete días antes. Mientras Varela y Orgaz defienden una acción inmediata que coja por sorpresa a los gobernantes, Mola aconseja actuar con calma y luego de una cuidadosa preparación, logrando hacer prevalecer su criterio. Félix B. Maíz, estrecho colaborador de Mola en la preparación del golpe de Estado, dice en la página 50 de su obra "Alzamiento en España", hablando de lo ocurrido en la referida reunión: "La consigna adoptada por unanimidad fue preparar las guarniciones en el plazo más breve posible. Pero, en cualquier caso, era preciso sublevarse con lo que se tuviera a mano si el Gobierno decretaba inopinadamente la disolución de la Guardia Civil, el licenciamiento del Ejército, la disolución del cuadro de oficiales e incluso si los comunistas se rebelaban contra los poderes públicos y desencadenaban la proyectada revolución. También, en caso de verse obligada a la suble-

## Eduardo de Guzmán

que reintegrar al Ejército a los jefes y oficiales sentenciados en Cataluña", "la noticia de los incidentes de Alcalá de Henares" y la destitución de sus cargos de militares "de pasado brillante y de elevado concepto en el Ejército, cediéndose sus puestos, como aquellos de más distinción y confianza, a quien por lo general está calificado por el noventa por ciento de sus colegas como muy pobre en virtudes. No sienten ni son más leales a las instituciones los que se acercan a adularlas y a cobrar la cuenta de serviles colaboraciones, pues los mismos se destacaron en los años pasados con Dictadura y Monarquía".

Con la responsabilidad de su cargo y la seriedad de su pasado, Franco advierte: "No le oculto el

mente dice "Muy afectuosamente le saluda su afectísimo subordinado"— procura tranquilizar a Casares con unas afirmaciones tan concretas como categóricas. Estas: "Faltan a la verdad los que presentan al Ejército como desafecto a la República. Mienten los que simulan complots a medida de sus pasiones. Prestan un desgraciado servicio a la Patria los que adulteran o inquietan la dignidad y patriotismo de la oficialidad, presentándola con síntomas de conspiración y desafecto".

Los dramáticos sucesos que se desarrollan en España a partir del 17 de julio de 1936 están en abierta contradicción con las tajantes afirmaciones de Franco veinticuatro días antes. ¿Acaso el comandante general de Canarias no tiene



Convencido de que no era posible la paz, Gil-Robles aportaría medio millón de pesetas a los gastos de la guerra antes de que ésta estallase. En la foto, el jefe de la CEDA junto a Martínez de Velasco, Melquiades Alvarez y Lerroix.





El general Franco, entre los jefes y oficiales del Ejército que participaron en las maniobras de la Esperanza, en Tenerife. Se estaba gestando ya el Alzamiento.

vacación una de las guarniciones, sería necesario, para no dejarla abandonada, precipitar los acontecimientos". Por su parte, Claude Martin, tras señalar en la página 144 de su obra "Franco, soldado y estadista" que Mola quedó encargado de preparar y organizar el Movimiento, estableciendo los contactos necesarios, afirma que "Franco, desterrado en el archipiélago africano, debería ser tenido al corriente, paso a paso, de la evolución del Movimiento, sin intervenir directamente en su preparación".

En efecto, aunque Franco no dirige personalmente la conspiración —papel que corresponde a Mola— ni la encabeza de momento —el general designado es Sanjurjo—, está perfectamente informado de la marcha de la conjura, conforme hacen constar reiteradamente, en "Centinela de Occidente", sus biógrafos Luis de Galinsoga y el teniente general Franco Salgado —ayudante a la sazón del comandante general de Canarias— por las frecuentes visitas que recibe, sus contactos con diferentes mandos militares y sus relaciones constantes con Marruecos y la Península. Más adelante colabora eficazmente en los trabajos conspirativos: el mismo Claude Martin sostiene, en la página 152 de su obra antes mencionada: "Franco trabajaba cuanto podía para ganarse la Marina a la causa, cuya ayuda era imprescindible para franquear el estrecho de Gibraltar al Ejército de África, principal fuerza de choque del Ejército español. Aprovechando la visita de la Escuadra española a Canarias en el mes de mayo. Franco se puso al habla con el almirante Javier de Salas, y la respuesta

de éste fue favorable. Los oficiales de la Marina española eran netamente hostiles a la República del Frente Popular y Franco había podido comprobarlo en la arenga que les dirigió en Capitanía". Más adelante sostiene, en la página 157: "Entre tanto, desde junio, todo estaba ya dispuesto para el alzamiento



"Faltan a la verdad los que presentan al Ejército como desafecto a la República", escribiría Franco a Casares Quiroga.

to militar. Franco se trasladaría de Canarias a Marruecos en un avión inglés al tener noticia del levantamiento del Ejército de África" (Este avión será el "Dragon Rapide", que Juan de la Cierva y Bolín se encargarán de contratar en Inglaterra, por indicación de Luca de Tena y con dinero de Juan March, casi en los mismos días en que el misterioso pasajero que ha de llevar a Marruecos afirma en su carta al ministro de la Guerra: "Mienten los que simulan complots a la medida de sus pasiones".)

### Calvo Sotelo, los militares y la República

Existe plena coincidencia entre la carta que Franco escribe el 23 de junio y algunas frases pronunciadas por el ex ministro de Ha-



Mola aconsejaría actuar con calma frente a quienes, como Varela y Orgaz, defendían una acción inmediata que cogiera por sorpresa a los gobernantes.

cienda de la Dictadura don José Calvo Sotelo en la Sesión de Cortes celebradas siete días antes. Esta Sesión de Cortes es famosa no sólo por lo que en ella dice el diputado monárquico, líder del Bloque Nacional, sino por la contestación del jefe del Gobierno. Durante los últimos cuarenta años se han reproducido mil veces de una manera fragmentaria los discursos que en ella se pronuncian, sacando de los mismos conclusiones siempre apasionadas y casi siempre partidistas. Se trata, en fin de cuentas, de un

doble y perfectamente planeado ataque contra el Gobierno de Casares Quiroga, en que Gil-Robles, en nombre y representación de la CE-DA, y Calvo Sotelo, como portavoz de la minoría monárquica, hacen una relación exhaustiva de los sucesos —alborotos, manifestaciones, huelgas, atentados, atracos, incendios y tiroteos— producidos en España entre el 17 de febrero y el 16 de junio de 1936, de todos los cuales culpan a quienes se sientan en el banco azul, a los partidos y organizaciones del Frente Popular y a los extremistas de izquierda. Uno y otro sostienen que se vive una situación caótica que no puede prolongarse más tiempo, consecuencia directa de una total ausencia de autoridad, mientras niegan o silencian toda participación derechista —patronal, capitalista o fascizante— en la génesis de una mayoría de incidentes. Si Gil-Robles mantiene su crítica dentro de ciertos límites, Calvo Sotelo los rebasa todos con una violencia de léxico que determina frecuentes alborotos, al protestar airadamente la mayoría, que considera provocadoras sus palabras. No obstante, en el curso de una de sus intervenciones, y obediendo sin duda a una táctica perfectamente madurada, don José Calvo Sotelo niega de manera rotunda la existencia de ninguna clase de conspiración al decir:

—Cuando se habla aquí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este



La aportación decisiva de March fue su intervención en procurar el avión que debía trasladar a Franco desde Canarias a Marruecos.

aserto— que existe actualmente en el Ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un sólo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco, lo digo con toda claridad; aunque también considero que sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía si ésta se produjera.

No parece que ninguno de sus



# VISPERAS DE GUERRA

oyentes de izquierdas o derechas conceda demasiado crédito a su rotunda negativa de la existencia de conspiraciones contra la República. Es comprensible que así sea por cuanto ninguno de los presentes ignora que hace ya cuatro años buen número de generales, jefes y oficiales monárquicos colaboraron en la sublevación de Sanjurjo, destinada a asestar un golpe mortal a la República. Entre sus oyentes hay algunos, además, perfectamente enterados de algo que sólo se hará público unos meses después: que el 31 de mayo de 1934 visitan en Roma al dictador italiano Benito Mussolini, don Antonio Goicoechea —amigo personal e ideológico de Calvo Sotelo, con el que colabora en las organizaciones monárquicas—, el general Barrera y los tradicionalistas don Rafael Olazábal y don Antonio Lizaso, los cuales consiguen del Duce una subvención de millón y medio de pesetas —que cobran veinticuatro horas después—, la promesa de entregar a los monárquicos españoles varios millares de fusiles y de facilitar ametralladoras, y la preparación militar en territorio italiano de jóvenes tradicionalistas que habrán de encuadrar los tercios de Requetés cuando empiece la lucha armada contra la República Española. Aparte de todo esto, en muchos ánimos existe la firme convicción de que, como hechos sucesivos demostrarán en parte, Calvo Sotelo desempeña un papel importante en la conspiración en marcha.

Durante largos años se repetirá de una manera incesante que en el transcurso de esta Sesión de Cortes, Casares Quiroga amenaza directamente al político monárquico con terminar con su vida. Así parecen dárlo a entender las palabras que el propio interesado pronuncia en una de sus intervenciones y que con tanta frecuencia han sido reproducidas en periódicos, libros, discursos y conferencias, a través de la radio y de la televisión, que a continuación reproducimos:

—Bien, señor Casares Quiroga. Me doy por notificado de la amenaza de su señoría. Me ha convertido su señoría en sujeto, y, por tanto, no sólo activo, sino pasivo, de las responsabilidades que puedan nacer de no sé qué hechos. Bien, señor Casares Quiroga. Lo repito, mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para bien de la Patria y para gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un Rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferi-

ble morir con gloria que vivir con villipendio.

Pero ¿en qué consisten exactamente las amenazas de Casares Quiroga? Evidentemente, no en recurrir, organizar ni autorizar un atentado o un crimen, sino únicamente, según referencias textuales del "Diario de Sesiones" del Congreso de los Diputados de fecha 17 de junio de 1936, de la responsabilidad de cuanto pueda ocurrir como consecuencia de sus palabras. Dice en dicha ocasión Casares Quiroga, dirigiéndose a Calvo Sotelo:

—Yo no quiero incidir en la falta que cometía su señoría, pero sí me es lícito decir que después de lo que ha hecho su señoría hoy ante el Parlamento, de cualquier caso que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría. No basta, por lo visto, que determinadas personas, que yo no sé si son amigas de su señoría, pero tengo ya derecho a empezar a suponerlo, vayan a procurar levantar el espíritu de aquellos que pueda creerse que serían fáciles a la subversión; no basta que algunas personas, amigas de su señoría,

versivo. Gracias, señor Calvo Sotelo. Insisto: si algo pudiera ocurrir, su señoría sería el responsable con toda responsabilidad.

## ¿Quién mató a Juanita Rico?

La tormentosa Sesión de Cortes del 16 de junio de 1936 ha sido considerada por no pocos historiadores como auténtica declaración de guerra entre los dos bandos en que aparecía dividida España hace cuarenta años. En ella se dijeron muchas más cosas de las que una propaganda unilateral ha estado repletiendo durante estos últimos lustros. En su transcurso se producen violentos choques verbales entre diputados de izquierdas y derechas, y el clima pasional alcanza una temperatura explosiva. Si monárquicos, cedistas y conservadores atacan al Gobierno por no haber impedido los dolorosos sucesos que con frecuencia ensangrientan las calles, sus adversarios replican en tono parecido y con argumentos muy semejantes. Unos y otros se imputan mutuamente la



Goicoechea, amigo personal e ideológico de Calvo Sotelo, conseguiría del Duce una subvención de millón y medio de pesetas, más la promesa de entregar a los monárquicos españoles varios millares de fusiles. En la foto, Goicoechea junto al conde de Rodezno y Víctor Pradera.

vayan haciendo folletos, formulando indicaciones, realizando una propaganda para conseguir que el Ejército, que está al servicio de España y de la República, pese a todos vosotros y a todos vuestros manejos, se subleve; no basta que después de habernos hecho gustar las "dulzuras" de la Dictadura de los siete años, su señoría pretenda ahora apoyarse de nuevo en un Ejército cuyo espíritu ya no es el mismo para volvernos a hacer pasar por las mismas amarguras. Es preciso que aquí, ante todos nosotros, en el Parlamento de la República, su señoría, representación estricta de la antigua Dictadura, venga otra vez a poner las manos en la llaga, a hacer más amargas las horas de aquellos que han sido sancionados, no por mí, sino por los Tribunales; es decir, a procurar que se provoque un espíritu sub-

responsabilidad de una serie de luctuosos acontecimientos, en los que pierden la vida puñados de españoles. A las listas esgrimidas por Calvo Sotelo y Gil-Robles, responden con otras similares Enrique de Francisco y Dolores Ibarruri. Tras exponer una larga serie de sucesos, Dolores Ibarruri añade textualmente:

—Y todos estos actos que en España se realizaban durante la etapa que certeramente se ha denominado del "bienio negro", se llevaban a cabo, señor Gil-Robles, no sólo apoyándose en la Fuerza Pública, en el aparato coercitivo del Estado, sino buscando en los bajos estratos, en los bajos fondos que toda sociedad capitalista tiene en su seno, hombres desplazados, cruz del proletariado, a los que dándoles facilidades para la vida, entregándoles una pistola y la inmunidad para

poder matar, asesinaban a los trabajadores que se distinguían en su lucha y también a hombres de izquierda: Canales, socialista; Joaquín de Grado, Juanita Rico, Manuel Andrés y tantos otros cayeron víctimas de estas hordas de pistoleros, dirigidas, señor Calvo Sotelo, por una señorita, cuyo nombre al pronunciarlo causa odio a los trabajadores españoles por lo que ha significado de ruina, de vergüenza para España, y por señoritos cretinos que añoran las víctimas y las glorias sangrientas de Hitler o Mussolini.

Juanita Rico es una muchacha madrileña que, recién cumplidos sus veinte años, es asesinada al atardecer de un domingo del verano de 1934 en la calle madrileña de Eloy Gonzalo cuando se está despidiendo de un grupo de chicos y chicas con los que ha pasado el día de fiesta en la Casa de Campo. La criminal agresión —a la que no precede choque, discusión ni advertencia de ninguna clase— parte de un lujoso automóvil lanzado a toda velocidad, desde cuyo interior disparan varias personas, entre ellas una mujer. Aunque el coche es hallado poco después y detenido su propietario, el sumario se archiva sin que llegue a ser condenado ninguno de los culpables. Aunque "La Pasionaria" no ha dado el nombre de la señorita a quien considera responsable de los disparos que ocasionan la muerte de Juanita Rico, minutos después, cuando Calvo Sotelo vuelve a hacer uso de la palabra, se cree en la obligación de salir en su defensa diciendo:

—Antes de recoger, aunque sea brevisísimamente, algunas directísimas alusiones y palabras del señor presidente del Consejo de Ministros, quiero replicar a las que la señora Ibarruri dedicó a cierta señorita de ciertos apellidos. Estos no han sonado en el hemiciclo, pero era tan clara y transparente la alusión, que todos hemos entendido perfectamente que la señora Ibarruri se dirigía...

Aunque el presidente de las Cortes le interrumpe para indicarle que no ponga nombres donde antes no se han puesto, Calvo Sotelo continúa diciendo:

—Tan clara y transparente es la alusión, que, efectivamente, no es preciso poner nombre y apellidos, porque todos los hemos percibido con claridad. En aras de un deber de caballerosidad, he de decir que esa señorita no acaudilla ninguna organización de tipo delincuente...

—El famoso coche con los impactos, desde el que se asesinó a Juanita Rico —le interrumpe Dolores Ibarruri—, es un testigo de mayor excepción.

—En segundo lugar —continúa Calvo Sotelo—, me permito indicar que los apellidos del padre de esta señorita no pueden suscitar el menor rescoldo de odio ni pasión en ningún español, porque fue él quien pacificó Marruecos...





Dolores Ibarruri, durante una visita oficial a París. Junto a ella Wenceslao Rocas, Marcelino Domingo, Luis Recasens, José Salmerón y Antonio Lara.

## Los preparativos, ultimados

En la semana que media entre la Sesión de Cortes del 16 de junio y la fecha de la carta de Franco a Casares Quiroga pueden considerarse totalmente ultimados los preparativos para una sublevación, cuya posibilidad niegan rotundamente tanto Calvo Sotelo como el comandante general de Canarias. En efecto, después de las reuniones en Madrid y en el mes de marzo en casa del señor Delgado, continúan las tareas conspirativas, llevadas a cabo por oficiales afectos a la UME y un nutrido grupo de generales y jefes. Varela y Orgaz, que dirigen los trabajos durante los primeros meses, siguen insistiendo en un golpe por sorpresa en Madrid e incluso fijan la fecha del mismo para el 19 de abril. No es posible llevarlo a efecto, de un lado, porque los sangrientos sucesos determinados por el entierro del alférez de la Guardia Civil don Anastasio de los Reyes, muerto en la Castellana el día 14, hacen que el Gobierno intensifique las medidas de vigilancia, dificultando el éxito del intento; de otro, porque el general Rodríguez del Barrio, inspector general del Ejército, pieza clave en la intención, se pone gravemente enfermo y no es posible contar con él.

El Gobierno, con en esos momentos preside Azaña, tiene noticias más o menos concretas de lo que sucede, y reacciona mandando al general Orgaz confinado a Canarias y disponiendo que el general Varela vaya arrestado a Cádiz. La dirección del Movimiento pasa entonces al general Sanjurjo, que continúa residiendo en Portugal, pero la dirección efectiva pasa a

manos de don Emilio Mola Vidal, el antiguo director general de Seguridad, que durante el segundo bienio mandó las tropas destacadas en el protectorado marroquí y que ahora manda la brigada destinada en Pamplona. Mola se revela entonces como un formidable organizador y un conspirador nato, que el día 25 de abril envía a todos los mandos comprometidos su primera Instrucción Reservada, en cuyo preámbulo dice:

"Las circunstancias gravísimas por que atraviesa la nación, debido a un pacto electoral que ha tenido como consecuencia inmediata que el Gobierno sea hecho prisionero de las organizaciones revolucionarias, lleva fatalmente a España a una situación caótica, que no existe otro medio de evitar más que mediante la acción violenta. Para ello, los elementos amantes de la Patria tienen forzosamente que organizarse para la rebelión, con el objeto de conquistar el poder e imponer desde él el orden, la paz y la justicia".

Durante los meses de mayo y junio, Mola realiza una intensa labor de captación de voluntades y de preparativos para la acción. Mensajeros suyos visitan la mayoría de las guarniciones, tantean el terreno y exploran intenciones. Consigue éxitos espectaculares, como los de lograr que generales que pasan por republicanos convencidos e incondicionales —Quijano de Llano y Cabanellas— le presten su concurso. Llega a un completo acuerdo con las fuerzas destinadas en Marruecos y cuenta con la colaboración incondicional de Goded en Baleares y de Franco en Canarias.

## El medio millón de Gil-Robles y los 600 millones de March

Pero toda conspiración exige gastos más o menos cuantiosos, y ni Sanjurjo ni Mola ni los generales comprometidos disponen de grandes caudales. ¿De dónde proceden los fondos para hacer frente a los pagos imprescindibles? Durante mucho tiempo se ha pasado por este asunto como sobre ascuas, siendo escasas y contradictorias las noticias que al respecto circulan. Ahora, si no totalmente resuelto, el enigma va siendo aclarado. Sabemos ya que el 2 de julio, Mola recibe en Pamplona la visita de los cedistas don Francisco Herrera Oria (hermano del que luego sería cardenal Herrera) y don Carlos de Salamanca, que hacen entrega al general de 500.000 pesetas —remanente de los fondos electorales de la CEDA— para financiar la conspiración. En la página 798 de "No fue posible la paz" reconoce don José María Gil-Robles: "Varias personas se acercaron a mí poco tiempo antes del Alzamiento pidiéndome una parte del remanente del fondo electoral de la CEDA para ayudar económicamente al general Mola en caso de que tuviera que huir al extranjero. En los primeros días de julio, la petición se hizo por los señores don Francisco Herrera Oria y don Carlos de Salamanca para impedir que, por falta de recursos adecuados, fracasara lo que ya estaba decidido y era inminente. Accedí, pues, y di orden a don Antonio Escudero, presidente de la Comisión Financiera del partido, que entregase 500.000 pesetas a don Carlos de Salamanca".

No es Gil-Robles, desde luego, el único que, convencido sin duda de que no era posible la paz, contribuye financieramente a los gastos de la guerra antes de que ésta estalle. Ni siquiera el más importante. En el libro "Juan March y su tiempo", escrito por Ramón Garriga y galardonado con el Premio Espejo de España 1976, pueden hallarse, en sus páginas 376 y 379, datos interesantes de la aportación del famoso hombre de negocios mallorquín a los trabajos conspirativos. En la primera de dichas páginas se dice: "Ricardo de la Cierva ha aportado el testimonio de Tomás Peire, hombre de toda confianza del mallorquín, quien afirmó que el financiero proporcionó cierta cobertura y seguridad para el general Mola y su familia, y le entregó sumas de cierta importancia durante la preparación del Movimiento; así pudo Mola enviar su familia a Francia y disponer de absoluta libertad de acción para su labor. La aportación decisiva de March antes de estallar el Movimiento fue, sin duda, su intervención en procurar el avión que debía trasladar a Franco desde Canarias a Marruecos. En una visita que hizo a Ceuta Francisco Herrera Oria, hermano de Ángel Herrera, al teniente coronel Juan Yagüe, este le advirtió que sólo aceptaría la jefatura del general Franco y le habló de cómo éste podría llegar sin peligro a Marruecos para ponerse al frente de las tropas sublevadas. Mola, al serle consultado el caso, hizo ver las dificultades que existían para llevar a término la empresa. Con miras a resolverlas, Herrera continuó viaje hasta Biarritz; en el café Royalty se entrevistó con March, quien aceptó en el acto financiar la operación. Se consultó con el marqués de Luca de Tena, y éste conferenció telefónicamente con Luis Antonio Bolín, corresponsal en Londres de 'ABC de Madrid'".

Pero estas ayudas de March antes del estallido de la guerra, paldescen ante otras que Ramón Garriga consigna detalladamente en el libro anteriormente citado. Así, en la página 379 puede leerse: "Poco después de estallar el conflicto armado se presentó Juan March en el cuartel general de Mola, y en presencia del coronel de Estado Mayor Federico Montaner, que desde el comienzo de la lucha se hallaba al lado de Mola atendiendo a los asuntos económicos y financieros, le entregó un documento; se trataba de una lista, escrita en papel de barba, de los valores que el financiero ponía a disposición del general para que dispusiera de ellos a fin de obtener dinero. La relación empezaba con acciones de la Chade y del Crédit Lyonnais; la suma total de los valores que March ponía a disposición del Alzamiento ascendía a 600 millones de pesetas, cifra realmente extraordinaria para la época". ■ E. de G.